

VII Domingo del Tiempo Ordinario (Año Par)

Lunes

Mc 9, 14-29

Creo, Señor, pero dame tú la fe que me hace falta. Entre todas las súplicas que se le dirigieron a Jesús durante el anuncio del Evangelio no hay quizá ninguna tan desgarradora como la de aquel

pobre hombre: – ¡Creo, Señor, pero ayúdame en mi incredulidad! Y el buen hombre

puso en nuestros labios una súplica que no se nos debiera caer de los labios: - ¡Fe, más fe, Señor, que necesitamos mucha fe!...

La fe en Dios nos mueve a volvernos solo a Él como a nuestro primer origen y nuestro fin último, y a no preferirle a nada ni sustituirle con nada.

“Creo en ti, Dios mío; aumenta mi fe”. La fe es ante todo un don, una gracia. Nadie puede conquistarla o ganarla por sí solo. Sólo se puede pedir, implorar de lo alto. Por eso, iluminados por la valiosa enseñanza del Evangelio, no nos cansemos jamás de invocar el don de la fe, porque “el justo vivirá por su fe” (He 2, 4).

Todos

necesitamos oración y Palabra de Dios, para tener más fe. El mundo sólo se salvará cuando crea y rece, rece y crea, crea y viva lo que creo. Y los que

trabajamos por la salvación del mundo, no le arrebatamos al demonio su dominio sobre las almas, sino cuando echemos mano de esas dos armas que ha manejado siempre la Iglesia con maestría: la oración y la penitencia, nacidas de un profundo espíritu de fe.

Nosotros

tenemos fe, pero, como el buen hombre del Evangelio, reconocemos que nuestra fe

en Dios es muy tibia a veces, y por eso hacemos nuestra y repitamos muchas veces la súplica humilde y confiada: – ¡Creo, Señor, pero aumenta mi fe!

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)